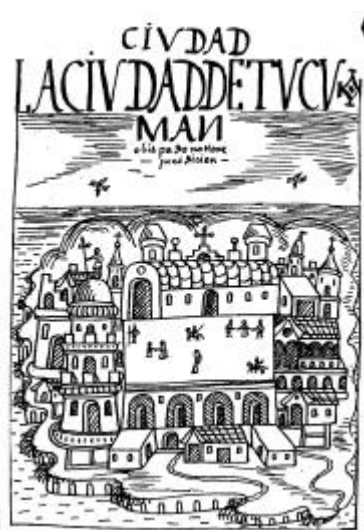


Integración en Ideas
Una publicación del IDELA/UNT



**LA DIMENSIÓN POLÍTICA
DEL MERCOSUR EN EL CAMPO DE LAS
RELACIONES INTERNACIONALES**

Roberto Russell

El autor: **ROBERTO RUSSELL** es Profesor de la Carrera de Postgrado de Magíster en Relaciones Internacionales del Instituto para la Integración y el Desarrollo Latinoamericano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Tucumán. Coordinador Académico del Instituto del Servicio Exterior de la Nación del Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto de Argentina; Profesor de la Universidad de Torcuato Di Tella, investigador y autor de reconocido prestigio.

El trabajo: corresponde a la versión taquigráfica de la exposición efectuada por el autor en el marco del VII° Curso Regional sobre Integración y Desarrollo "MERCOSUR en el siglo XXI" que organizara el IDELA/UNT en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Tucumán, en agosto de 1998.

Agosto de 1998

LA DIMENSIÓN POLÍTICA DEL MERCOSUR EN EL CAMPO DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

- Primera parte -

Quiero agradecer por esta invitación de participar en el VII° Curso Regional sobre Integración y Desarrollo. Ya estuve otras veces y la verdad es que me agrada mucho venir a Tucumán. Lo digo sinceramente: siempre encuentro mucha receptividad y mucho diálogo.

Voy a hacer una presentación bastante esquemática porque el tema que me toca abordar no es sencillo. Se trata de los cambios en el sistema internacional, para lo cual trazaré algunas líneas muy gruesas y después, si podemos, vamos a tratar de ir desagregando, desglosando ciertas cosas.

Voy a referirme a la temática de los cambios en el sistema internacional, que es un tema que siempre ha despertado mucho interés. A la gente le gusta siempre más trabajar cambios que continuidades. Cuando digo "siempre", me refiero desde hace mucho tiempo. Sin ninguna duda en los últimos años esta temática ha despertado aún mayor interés, se ha profundizado el debate como consecuencia de dos procesos muy claros, que todos conocemos: por un lado, el fin de la guerra fría, que es sin ninguna duda el fin de un ciclo, es el fin de un orden mundial; y, por el otro, el proceso de globalización que también es un tema que está muy de moda. Todo el mundo habla de él, así que algunas cosas voy a decir al respecto.

Para poder ordenar un poquito la exposición (me doy cuenta de que éste es un tema muy complejo y uno puede equivocarse muy rápidamente también) yo diría que para trabajar la temática del cambio sería conveniente hacer una primera y muy gruesa diferenciación analítica porque, desde luego, estos procesos están muy interrelacionados. Por una parte, marcaría el fin de la guerra fría que es el fin también de un ciclo. Es el fin de lo que los especialistas en relaciones internacionales llamamos un orden mundial, que es el orden que se crea a partir de 1947 y que termina, como todos ustedes saben, más o menos por el año 1989.

El otro proceso es el de la globalización. Lo que voy a hacer en la exposición, probablemente hacia el final de esta primera parte, es distinguir la globalización, también analíticamente, en dos parte: primero, como una situación y, segundo, como un proceso.

Finalmente, el tercer tipo de cambios es quizás menos conocido, porque está muy centrado en el debate académico, pero es un tema de gran importancia: es lo que en la especialidad se llama el fin o la crisis, como se quiera poner, del orden llamado westfaliano. Esto tiene que ver con los problemas que está atravesando la unidad constitutiva de este sistema que es el Estado-Nación. Entonces, sintetizando un poco: fin de la guerra fría, globalización, entendida como situación y como proceso y,

por otro lado, la crisis del Estado o del orden westfaliano que, para ponerlo en términos grodelianos, podríamos verlo como una especie de estructura de larga duración, que comienza en 1648 y que se extiende hasta el presente.

Dicho esto, también quisiera hacer una observación introductoria que tiene que ver con las continuidades, porque así como uno piensa en términos de cambio, cuando analiza el sistema internacional también tiene que -a pesar de que estas cosas a veces no se hacen- pensar en términos de continuidades. Esto es, ¿qué es lo que persiste en este marco de cambios caracterizado por los tres procesos que acabo de mencionar? Entonces, sobre este tema, también algunas cosas voy a tratar de decir. Tenemos tres cambios, por un lado y, por el otro, además debemos ver qué es lo que viene todavía de arrastre.

Muy esquemáticamente sigo con el mismo modelo de exposición, y me voy a referir a lo que (según mi opinión) trae de nuevo el fin de la guerra fría. Sería el primer cambio sobre el que me voy a explayar unos minutos. La primera cosa importante -y advierto que todo esto está abierto a discusión- es una disminución importante del nivel de antagonismos de ideas, que no se debe solamente a la defección de la ex Unión Soviética, esto es a la muerte de los socialismos reales, sino que también esto tiene que ver con el debilitamiento relativo de los supuestos en los que se basaron los reclamos de lo que normalmente se llama el Mundo Sur frente al Norte. Esto hace que el sistema internacional en formación sea más homogéneo que el anterior. Estoy usando en este momento una clasificación muy conocida de Raymond Arón, que divide a los sistemas internacionales en heterogéneos y homogéneos. El sistema de la guerra fría era claramente heterogéneo; el sistema en formación va a ser mucho más homogéneo. Esto no quiere decir que no haya ideas rivales; lo que sí quiere decir es que los portadores de esas ideas no tienen el poder que tenían en la guerra fría: dos actores que decían sustentar valores irreductibles como eran la Unión Soviética, por un lado y los Estados Unidos, por el otro. Entonces, el primer rasgo que uno puede apreciar de este sistema internacional es su mayor homogeneidad, desde el punto de vista ideológico.

El segundo elemento que me parece bastante obvio es el cambio de naturaleza de la competencia básica. Durante la guerra fría la competencia básica se definía esencialmente en términos políticos, militares e ideológicos. Y esto es lo que hacía, entre otras cosas, que el sistema fuera tan heterogéneo. En el mundo en formación la competencia básica va a ser esencialmente económico-tecnológica. Por eso es que una palabra que está muy de moda (y no es que me guste demasiado pero se usa) es el paso de la geopolítica a la geoconomía. De manera que la geoconomía está precisamente marcando que hay un cambio en la naturaleza de la competencia. No hay un fin de competencias, sino hay un cambio de naturaleza.

El tercer elemento es el ascenso al tope de la agenda global de temas que habían ocupado en el orden anterior, esto es en el orden de la guerra fría, un lugar subordinado. Por un lado, los temas económicos y, por otro, los temas que normalmente se engloban en lo que se llama en la jerga de la disciplina "la

agenda negativa". ¿Qué es agenda negativa? Básicamente es deterioro del medio ambiente, pobreza, población, proliferación, migraciones, narcotráfico, terrorismo y hoy se anotan también nacionalismos, fundamentalismos.

El punto que quiero marcar, porque estoy tratando de ver qué es lo que trae de nuevo el fin de la guerra fría, es que estos temas estaban en la guerra fría, sin ninguna duda. Lo que pasa es que ocupaban un lugar subordinado porque el tema básico de la agenda en ese mundo era aquél que tenía que ver con la confrontación nuclear. Es decir, el temor al holocausto nuclear colocaba en un segundo plano a estos temas, que hoy son los básicos en la agenda global.

El cuarto punto que uno podría marcar -y éste también es un tema a debatir- es la posibilidad de que se abra un espacio de acción mayor para los organismos internacionales y para la creación de regímenes internacionales en ciertas áreas temáticas de las relaciones internacionales, por ejemplo, en el tema de la no proliferación, en el tema del desarme y en algunos aspectos ligados a lo que recién llamamos agenda negativa. Insisto, marco como nota la posibilidad de que se amplíe el espacio de acciones; ello no quiere decir que todo lo que pase en este mundo va a estar regido o conducido a través de los organismos o de los regímenes internacionales.

Ahora, en un nivel más específico -ya que estamos hablando desde el Mercosur- el fin de la guerra fría parece abrir un espacio de acción e influencia mayor en nuestros países para actores estatales y privados extrahemisféricos. Dicho esto, quiero ser muy enfático en este punto -y ésta es mi opinión desde luego- me parece que Estados Unidos seguirá siendo por mucho tiempo el actor estatal clave para la región, dado que tiene -y uso la jerga de las relaciones internacionales nuevamente- un poder relacional y estructural mayor que cualquier otro Estado. ¿Qué quiero decir con esto? Tiene más poder que ningún otro Estado para hacer que otros hagan lo que no harían si pudieran. Esto es lo que se llama el poder relacional. Y continúa siendo -y ahora paso al poder estructural- el actor principal en las estructuras primarias del sistema mundial, es decir, en las estructuras de seguridad, de producción y de conocimiento.

Y voy a dar una cita de un especialista norteamericano que se ocupa mucho de la nuestro país y quizás ustedes conozcan, que se llama George Tulchyn, que además escribió un libro muy importante sobre Argentina y Estados Unidos que se denomina "Historia de una desconfianza". Como estoy totalmente de acuerdo con él, les leo un artículo reciente que dice lo siguiente: "Aún en los casos en que Europa o Japón tengan una mayor participación en el comercio de una nación de América Latina, ni Japón ni ninguna de las otras naciones de Europa estarían interesadas ni serían capaces de ejercer una influencia en el hemisferio que remotamente se acerque a la hegemonía norteamericana".

El otro tema que apunto es que, además, los cambios ideológicos producidos en la región en favor de la democracia y del mercado libre -sin perjuicio de los cuestionamientos que uno pueda encontrar al tipo de capitalismo que hay en los Estados Unidos- me parece que tiende a aumentar el poder

hegemónico de los Estados Unidos en la región del lado del consenso. Este es un tema importante que no se daba en los años '70 y mucho menos en los años '60. Estoy hablando del poder hegemónico, porque estoy pensando en el poder como una combinación de consenso y de fuerza. Creo que del lado del consenso aquí se abre un espacio mayor para la acción externa norteamericana. Y en lo que hace específicamente a las políticas o actitudes de Estados Unidos hacia América Latina -y desde luego aquí hay que incluir también al Mercosur- el fin de la guerra fría parece indicar un aumento de la importancia de los temas económicos en la agenda regional. Esto es interesante porque eleva el nivel de importancia de América Latina para los Estados Unidos y lo eleva además por el lado de la ventanilla de las oportunidades. Es decir, América Latina no entra aquí como agenda negativa, sino que entra como agenda positiva. Entonces, por un lado, aumenta la importancia de los temas económicos en la agenda, pero también aumenta la importancia de "los nuevos temas" de la agenda negativa, como es el caso del narcotráfico, el terrorismo, el medio ambiente, la corrupción y la seguridad ciudadana. Son temas que en el caso de Argentina están pesando en la agenda bilateral, y no por cuestiones meramente éticas o humanitarias, sino por cuestiones que tienen que ver, como dije antes, con la geoeconomía.

El segundo aspecto en lo que hace a la relación Estados Unidos y América Latina es el cambio en los objetivos de la política de seguridad hemisférica, que pueden resumirse del siguiente modo (sobre esto hay un gran debate, pero lo resumo así porque no dispongo de mucho tiempo): institucionalizar las relaciones cívico-militares. Este es un gran objetivo norteamericano. Segundo: orientar la acción de los militares latinoamericanos hacia la seguridad "externa". Esto lo pongo entre comillas porque tiene matices importantísimos. Y, finalmente, la cooperación multinacional y la contención de la difusión de armas convencionales y de destrucción masivas. Si uno analiza los documentos producidos en los últimos años en las esferas de seguridad de Estados Unidos, se puede apreciar que estos son los objetivos que se expresan, pero hay una gran contradicción entre lo que se expresa y lo que se hace, en gran medida porque las cabezas de muchos todavía están orientadas hacia la guerra fría o muy sesgadas por concepciones realistas y de políticas del poder. Además, se pone el acento en los temas de seguridad externa pero, por otra parte, a veces se pide que los militares trabajen en temas que tienen que ver con el narcotráfico, que claramente es un tema de seguridad interna. Entonces, ahí tenemos una situación de enorme ambigüedad que no sabemos muy bien para dónde va a disparar.

Como tercer elemento marcaría un nuevo tipo de intervencionismo, dirigido especialmente a proteger intereses norteamericanos que afectan la "agenda negativa" y que dará lugar a distintas versiones de lo que se llama una diplomacia coercitiva. El caso más claro en este punto es, sin ninguna duda, el de Colombia. La presión es fuerte porque hay un tema de agenda negativa fundamental, como es el caso del narcotráfico.

Cuarto: una promoción más genuina de la democracia y de los derechos humanos. Digo más genuina, porque en la guerra fría, en realidad, si un señor de extrema derecha servía para frenar al comunismo, a veces se lo apoyaba porque la lógica bipolar colocaba también estos temas en un segundo lugar. Hoy

esto no existe y, por lo tanto, se aprecia una promoción verdaderamente más genuina de estos dos aspectos, que dicho sea de paso, me parece que a nosotros nos viene muy bien.

Finalmente -y quiero enfatizar este punto, porque hay una cantidad de literatura enorme que muestra lo que voy a decir, y hay una evidencia empírica que es aplastante en este sentido- está la influencia creciente de los actores no estatales en la elaboración de políticas hacia la región. Es un tema de importancia.

Cito una opinión de Lowenthal, que es un analista norteamericano muy difundido que se ocupa de América Latina, que dice: "Los agricultores y fabricantes, las empresas comerciales, los trabajadores, consumidores, grupos preocupados por el medio ambiente, grupos en pos de los derechos humanos y las libertades civiles, los estadounidenses, hispanos de diversos orígenes y perspectivas, eruditos, fundaciones y medios de comunicación, entre otros, competirán por afectar las políticas en un ambiente enormemente fragmentado y fácilmente permeable. Las alianzas y coaliciones que se formen varían según las cuestiones que se aborden y según los países y desafían las categorías simples".

Esto pasa con la gente que, desde luego, no está informada ni se ocupa de estas cosas, que tienden a ver a Estados Unidos como una especie de actor monolítico. Dicen: la posición de Estados Unidos es tal. En realidad, no era tampoco así en la Guerra Fría. Lo que pasa es que en la Guerra Fría, como se tenía un criterio ordenador básico, que era la contención del comunismo, se posibilitaba una mayor coherencia en la acción externa de Estados Unidos. Hoy, terminado este criterio ordenador, a pesar que Clinton construyó otros, como la expansión de la democracia y el mercado, estos dos criterios ordenadores que reemplazan a la contención del comunismo, no sirven para dar contenido a una política coherente, porque son muchos los grupos capaces de articular sus demandas y de influir en el proceso de decisiones. Esto es, la política exterior de Estados Unidos está siendo cada vez más influida por actores domésticos que defienden distintos y múltiples intereses. Este es un punto central, cuando uno analiza la política exterior norteamericana y, desde luego, cuando uno hace política desde aquí. Yo diría -y soy consciente de que lo dije de una manera muy esquemática, como lo anticipé- que esto es lo que trae de nuevo este primer cambio grueso que marqué y señalé como fin de la guerra fría.

Voy a pasar ahora a otro tema que es más complejo y es el que forma parte de este segundo nivel de cambios: la extensión y profundización de la globalización. Y me voy a ocupar de este tema trascendiendo lo económico, porque en general cuando se habla de globalización se piensa en los términos económicos. No está mal hacerlo así, pero la globalización es mucho más que eso. La globalización, como se dice vulgarmente, es un término que lo atrapa todo; cualquier cosa puede entrar en lo que llamamos globalización. Esto se da tanto en un nivel vulgar como también académico; incluso muchas veces se intenta -no siempre con buenos resultados- diferenciar globalización de internacionalización, transnacionalización, interdependencia, globalismo y, a veces, hasta de occidentalización. Estas confusiones no tienen que ver con falta de luces de los analistas, sino que lo que pasa es que estamos frente a un proceso muy complejo, en el que hay muchos intereses en juego.

La globalización no es un término neutro.

Voy a tratar de referirme al tema, tratando de manejarlo con la mayor objetividad posible y, en ese sentido, lo que propongo es distinguir analíticamente la globalización como situación, de la globalización como proceso.

En el primer caso, la globalización como situación, describe un estado real o posible de la condición humana. Sería un estadio cualitativamente nuevo en el desarrollo de la situación humana, caracterizada por algunos -y esto es lo importante- por el predominio de comportamientos, relaciones sociales y formas de organización que se definen por contextos específicamente globales. Para ponerlo sencillamente: un estadio nuevo de la condición humana, donde lo global prevalece. En la definición destaco dos aspectos que tienen que ver con la extensión del espacio geográfico: esto es, cada vez abarca más territorio el proceso y, por otro lado, tiene que ver con la densidad de las relaciones sociales: extensión y profundización. Ahora digo en la definición "predominio de", lo que no quiere decir de que no perduren, aunque en un lugar secundario, otras relaciones sociales de naturaleza local, de naturaleza nacional o de naturaleza regional.

Hecha esta afirmación, me parece que la utilización del término globalización como situación es poco apropiado y es bastante confuso, porque al igual que otros conceptos, como modernización, o democratización nos traen a la mente la imagen de movimiento, de un cambio de una situación a otra; esto es lo que nos viene a la cabeza cuando pensamos en globalización. Ahora, ¿por qué lo usé como situación? Por dos motivos: primero, porque su empleo vulgar y académico en este sentido es muy frecuente; por ejemplo, cuando se habla de "mundo globalizado", o cuando se habla de "mundo sin fronteras". Y segundo, - esto es lo más importante a los fines de esta exposición- porque la idea de globalización como situación es útil para captar y comprender el alcance actual del fenómeno; esto es, cuánto hay hoy de globalización. En ese sentido creo que tenemos muchísima evidencia empírica para mostrar que la globalización no es ni fue una situación prevaleciente. Digamos, no son las relaciones globales, es la formalización definida por contextos globales la que hoy prevalece.

En mis manos tengo una cita de Aldo Ferrer que editó un libro muy interesante (y que además recomiendo) que se llama "Historia de la globalización". Dice: "En el campo económico, por ejemplo, la mayor parte de las transacciones económicas no se realizan en los mercados globales sino en los nacionales. Más del 80% de la producción mundial se destina a los mercados internos de los países. Las exportaciones representan menos del 20% del producto mundial. Alrededor de 9 de cada 10 trabajadores del mundo producen para los mercados de sus respectivos países. En el orden político, por otro lado, el Estado Nación sigue siendo una fuente fundamental de identidades y de lealtades. Y también, como todos sabemos, hay expresiones que no tienen que ver con lealtades nacionales sino con lealtades más bien de tipo subnacional, como se dan en tantos lados desde Escocia hasta Cataluña, pasando por el norte de Italia o por Quebec. En suma, la globalización tiene hoy un alcance limitado, si la entendemos como situación. Sin embargo, creo que esta constatación elemental no debe llevarnos

a negar o minimizar su importancia, tal como hacen muchos analistas, porque hay un grupo muy importante de gente que dice que la globalización es prácticamente irrelevante, casi niegan su existencia”.

Creo que en este momento debemos hacernos dos preguntas muy importantes: la primera, ¿cuánto ha aumentado el alcance de los comportamientos, relaciones sociales y formas de organizaciones globales en relación con otros períodos históricos? Segundo, ¿cuál es la dirección del proceso? Esto es: la globalización ¿está o no avanzando? Y aquí hay que encontrar evidencias empíricas para predecir escenarios, lo que es un poco el objetivo de esta charla.

Estas dos preguntas, esto es ¿cuánto ha aumentado el alcance de los comportamientos globales en relación con otros períodos? y ¿hacia dónde vamos?, tienen que ver con la globalización como proceso. Esta es la segunda forma de abordar el tema, que es la que voy a trabajar con un poco más de cuidado.

¿Cómo definir la globalización? Creo que puede definirse como el conjunto de fuerzas que contribuyen a la unificación del mundo. Así de simple. Dicho de otro modo, de una manera un poco más sofisticada: a la formación tanto de un sistema como de una sociedad global. Y apelo aquí a la clásica diferenciación también analítica entre sistema y sociedad, porque ambos conceptos denotan aspectos distintos y a la vez cruciales para interpretar el proceso de globalización. Cuando hablamos de sistemas, hacemos referencia al alcance y densidad de los comportamientos, relaciones sociales y formas de organización humana. Esta descripción se limita a lo meramente fáctico. Por ejemplo, cuando decimos que hay una internacionalización creciente de la producción, las finanzas y el intercambio, que es una de las notas que siempre se marca para mostrar este proceso de globalización. Para ponerlo de una manera más sencilla: sistema tiene que ver con lo que podríamos llamar una integración fáctica, esto es, cada vez más gente entrelazada. Sociedad es otra cosa; sociedad global trasciende esta dimensión fáctica; sociedad presupone la existencia de expectativas, de valores y de ideas comunes acerca de la vida en sociedad y el establecimiento de reglas e instituciones que posibiliten la coexistencia y la cooperación entre diversos actores que forman parte del mundo. Son dos aspectos muy distintos: sistema global y sociedad global. Lo primero es mera integración fáctica, lo segundo es integración social normativa.

Ahora, siguiendo con esta distinción entre sistema y sociedad, me parece que el surgimiento de un sistema global es evidente y para nada novedoso, porque uno podría concebir la historia del mundo durante un período muy largo como un conjunto de subsistemas sociales con nulas o muy limitadas interacciones recíprocas. Hoy estamos en una situación absolutamente distinta; es decir, las interacciones recíprocas son enormes y por tal razón que podemos hablar de la existencia en este mundo de un sistema global.

¿Cuándo empezó esto? Es una discusión interminable que no voy a traer a este debate, aunque si

alguna pregunta viene por ese lado, con mucho gusto me gustaría contestarla. Es evidente que el momento en que se consolida la formación de un sistema global podríamos remontarlo más o menos hacia la segunda mitad del siglo XIX, a pesar que al proceso de globalización muchos autores lo señalan iniciándose en el siglo XVI. Lo que aquí me interesa destacar es que tenemos un sistema global. Me parece que éste es un tema indiscutible; hay mucha evidencia empírica para mostrar que este sistema global se consolida hacia fines del siglo XIX y, desde luego, se fortalece en el siglo XX. Lo que no tenemos es una sociedad global, porque esto no tiene que ver con la integración fáctica, como dije, sino que tiene que ver con expectativas, valores e ideas. Fíjense, incluso, que hay muchos autores que señalan que el incremento de las relaciones sociales globales, esto es, más sistemas, no haría más que profundizar las diferencias culturales y enfatizar la propia identidad y los sentimientos tribales. Esta es por ejemplo la tesis de Samuel Huntington en "El choque de las civilizaciones". Para Huntington, más sistemas, más interacción, más conocimientos, es más vuelta hacia lo propio. Ello significaría menos valores comunes, menos ideas comunes, más confrontación, en definitiva, menos posibilidades de crear una sociedad global. Más sistema, menos sociedad.

Esta es una cuestión abierta; tengo mi opinión al respecto, pero está abierta al debate.

Creo que el aspecto importante a señalar aquí -y ésta es, entre otras cosas, una diferencia que tengo con Huntington- es que la formación de una sociedad global no implica arrasar con la diversidad mediante el triunfo universal de una idea, porque sino esto sería algo así como una especie de globalización igual a occidentalización o, como lo puso Huntington en otro artículo de manera irónica, en "cocacolonización". Tomar Coca Cola no significa occidentalizarse. Cuando hablamos de sociedad global no tenemos que pensar en el triunfo universal de una idea, tenemos que pensar en coexistencia, en cooperación en el marco de la diversidad. Esto es lo que normalmente se expresa cuando la gente dice: "planeta tierra", "aldea global" o cosas parecidas. Tengo la impresión, pensando en dimensión de la globalización, que hay desarrollos muy importantes y que habría que trabajar con mucho cuidado e, incluso, uno podría ir muy atrás en el tiempo, pero claramente a partir del siglo XV, donde hay reflexiones muy interesantes sobre este aspecto de la sociedad global y que pueden resumirse en la expresión "la circunstancia humana global". También es un tema para debatir.

Paso ahora al origen y causas de la globalización para entrar después en el tema que más me interesa - que creo que también les va a interesar a ustedes- y que tiene que ver con la tercera línea de cambios, muy ligada a la globalización. Es por tal razón que estoy haciendo todo este análisis introductorio, que es la crisis del Estado Westfaliano. Vamos a ver cómo entra en el marco de esta crisis un proceso como el del Mercosur.

Algo dije sobre el tema del origen. Voy a dar una definición de Rosseau que es un teórico que ha trabajado mucho en este tema. Uno podría decir, exagerando -y desde una perspectiva sociológica- que las fuerzas de globalización, al igual que las fuerzas de fragmentación, han existido a lo largo de toda la historia de la humanidad debido a que expresan - éste es un punto muy importante- necesidades

humanas básicas. Hago una pequeña nota al pie porque tiene que ver con algo que estamos usando mucho los analistas de las relaciones internacionales: es que muerta la guerra fría hay un eje de coordenadas que todo el mundo utiliza y es, precisamente, el de fuerzas de globalización versus fuerzas de fragmentación. Así como en la Guerra Fría hablábamos de comunismo y de capitalismo, hoy casi todo el mundo, cuando se trata de empezar a entender a este mundo, dice lo siguiente: básicamente hay fuerzas que van en dirección de la interacción (Mercosur sería una de ellas) y fuerzas que van en dirección de la fragmentación, que son todas estas expresiones tribales que uno puede encontrar en todas partes del mundo. También los fundamentalismos que se están dando en todas las religiones, no solamente la religión musulmana. Estas fuerzas están desde siempre porque expresan necesidades humanas básicas. Y la dinámica de la globalización derivaría de la necesidad de la gente de extender el alcance de sus propios órdenes sociales para incrementar los bienes, los servicios y las ideas obtenibles para su bienestar. Creo que esta forma de abordar el tema ayuda bastante a entender el debate actual sobre la globalización. Sin embargo, la pregunta sobre el origen de lo que hoy llamamos globalización requiere respuestas más precisas, porque, caso contrario, uno puede caer en una situación medio absurda y sostener que la globalización empezó con el origen del hombre, o con los griegos, o con los romanos que hicieron procesos de miniglobalización.

Acá tengo una cita de Polibio que en su "Historia Universal" nos dice: "Antes del imperio romano las cosas que pasaban en el mundo no tenían conexión entre sí. Pero desde el ascenso del imperio romano los acontecimientos están unidos por un haz común.". Esto está muy ligado precisamente a la idea que hoy tenemos cuando hablamos de globalización.

Lo que hoy llamamos globalización empieza básicamente en el siglo XVI, pero se fortalece de manera fenomenal en la segunda mitad del siglo XX. Y la globalización en su nivel más básico -esto tiene que ver con los orígenes de la globalización- puede verse como un proceso económico-tecnológico que tiene grandes consecuencias políticas.

A este tema lo voy a dedicar en la segunda parte porque ahora tengo que introducir el análisis en las implicancias del proceso de globalización para el Estado-Nación. En definitiva, su impacto sobre esta estructura de larga duración que llamamos el orden westfaliano.

(Fin de la primera parte de la exposición)

LA DIMENSION POLÍTICA DEL MERCOSUR EN EL CAMPO DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

- Segunda parte -

En la primera parte vimos, por un lado, el fin de la guerra fría y algunas de sus implicancias; por el otro, el proceso de globalización. Distinguí situación de proceso, porque en realidad lo que estoy tratando de marcar es que el proceso avanza, esto es, el sistema se hace cada vez más global y hay una incógnita en el sentido si se hace o no más global la sociedad. Es un tema absolutamente abierto y nadie tiene la respuesta, pero es muy importante. Más bien hay, en todo caso, una tendencia a suponer que no, esto es que, a pesar de que hay un proceso de globalización, las fuerzas de fragmentación, que son expresiones -para ponerlo de algún modo- de tipo tribal, están tratando de reaccionar frente al proceso. Ahora el otro tema que es extremadamente importante, que se liga mucho con el Mercosur y es lo que se llama la crisis, el debilitamiento, o como se lo quiera definir, del Estado-Nación. Hay mucha gente que dice que la humanidad estaría en el umbral de una nueva era histórica, un umbral muy parecido al que precedió a la formación de la Edad Moderna, esto es, al desarrollo del capitalismo y a la constitución del Estado-Nación. Como estamos en el umbral, no vemos muy bien qué pasa, es muy difícil ver.

Sobre este tema hay apreciaciones para todos los gustos. Hay quienes dicen que el Estado está muy fuerte, que esta discusión es una enorme tontería; hay otros que señalan que el Estado está muy débil y próximo a morir o, para no ponerlo de manera tan fuerte, que los Estados-Naciones van a ser una especie de municipalidades del siglo XXI y que se ocuparían de los servicios mundanos.

Dentro de este debate hay una corriente que está muy de moda, que se llama la corriente neomedievalista, que sostiene que va a haber una gran dispersión de estructuras de autoridad en el siglo XXI, tal como pasaba en la Edad Media, dado que el Estado pierde poder hacia arriba, hacia abajo y hacia los costados. Hacia arriba, porque tiene que delegar espacios de poder -para ponerlo de manera más precisa- de soberanía a instancias supraestatales, como las que tienden a darse en los procesos de integración. Cede poder hacia abajo, en el nivel subnacional, porque tiene que delegar parcelas de autoridad, por ejemplo, a las provincias. Y hacia los costados, porque pierden poder ante los actores no estatales. Pero desde el punto de vista de las estructuras de autoridad, hay muchos que dicen que el mundo del siglo XXI se va a parecer bastante al mundo de los siglos XII y XIII, en el que va a haber una enorme superposición de lealtades y de autoridades sobre un mismo territorio y sobre una misma población. Ello es, precisamente lo opuesto a lo que fue el desarrollo de la idea misma de soberanía, entendida como un poder supremo sobre un territorio y sobre una población.

Hay muchos argumentos que pueden darse para mostrar que el Estado se debilita, esto es, que el proceso va en la dirección que sugieren los neomedievalistas. Al mismo tiempo, hay mucha evidencia empírica que muestra que los Estados no se debilitan y que en todo caso si pierden poder

hacia arriba y hacia abajo y hacia los costados (lo cual es bastante perceptible) éste no es un juego de suma cero, porque al mismo tiempo ganan poder en otras direcciones. Hay una dimensión estatal que me parece muy interesante y que va a dar mucho que hablar en los próximos años, sobre todo para quienes se dedican a las ciencias políticas, que se liga muy estrechamente con la globalización y, más específicamente, con los procesos de integración: es la dimensión transgubernamental. Hay quienes dicen -y perdón por la palabreja- que hay una especie de transgubernamentalización del Estado. ¿Qué quiere decir esto? Que los Estados están desagregados. Cuando uno piensa en términos de distintas reparticiones, ministerios, agencias, la palabra apropiada en inglés sería *agency*, las agencias del Estado, que tienen cada vez más vinculaciones con sus pares del exterior. Por ejemplo, quien hoy maneja Mercosur en la Cancillería argentina todo el tiempo habla con quien maneja Mercosur en la Cancillería brasileña. Esto es obvio , pero lo mismo pasa con las agencias que tienen que ver con la educación o con los temas económicos, etcétera, etcétera. Es decir, hay distintas articulaciones transgubernamentales que desde luego requieren Estados muy eficientes y muy capacitados para enfrentar estos desafíos. Entonces, por un lado, insisto, el Estado pierde poder y, por otro, asume nuevas funciones, como las que asume también en la creación y manejo de los regímenes internacionales frente a los diversos temas de agenda global que mencioné en la primera parte de la clase.

Entonces, ¿cómo es este cuento? Ésta es la pregunta que uno se hace. Frente a esta cuestión, me parece que podríamos destacar tres cosas, también de manera muy esquemática. La primera: pienso que el debate sobre si el Estado se muere o no es un poco trivial y no lleva demasiado lejos. Considero que lo que hay que ver en este momento es cuáles son las nuevas funciones del Estado y su nuevo poder. En este marco, pierde parcelas de autoridad, pero no se va a morir, por lo menos por mucho tiempo; en todo caso, nosotros a esa muerte no la vamos a ver.

Lo segundo, es que si bien es cierto que la globalización afecta a todos los Estados (esto es obvio) no los afecta a todos por igual. Una cosa es el Estado de los Estados Unidos de América y otra es el Estado argentino. Entonces, habría que ver cuál es el impacto de este proceso que llamamos globalización sobre distintos tipos de Estados, y esto dependerá desde luego de las circunstancias de los Estados, de su poder relativo, etcétera, etcétera. Hay que tener mucho cuidado con esto. Hay Estados que se debilitan, pero hay otros que se debilitan más; además hay Estados que tienen mucho más capacidad que otros para hacer frente a este proceso de globalización.

Y, finalmente, el aspecto que es más interesante y que sin duda alguna tiene que ver con el futuro del Estado se vincula con un tema clave que es la configuración de espacios políticos postmodernos. Este es un tema esencial. Cuando digo espacios políticos postmodernos, es la configuración de espacios que trasciendan al Estado. Esto es lo que lleva a muchos a pensar en términos de umbral de era histórica. Ahora no es fácil construir espacios políticos postmodernos, porque para que esto suceda tiene que haber un cambio dramático del marco general y tiene que haber coaliciones internacionales transnacionales en condiciones de articular estos espacios postmodernos como pasó cuando terminó la

Edad Media. Si bien es cierto que algo de esto está pasando, lo que es claro es que estamos muy lejos de esta configuración postmoderna. Creo que ésta es una preocupación mucho más cercana a la teoría de las relaciones internacionales y a la teoría de las ciencias políticas en una visión muy académica y desde luego no llega a la gente, porque el interés de la gente pasa por otro lado. Simplemente lo destaco porque si uno quiere pensar en términos de formas políticas del siglo XXI, desde luego hay que pensar en términos de coaliciones capaces de articular, insisto, espacios políticos postmodernos. Cuando digo espacios políticos postmodernos estoy pensando en estructuras que trasciendan la unidad constitutiva de la modernidad en términos políticos que es el Estado-Nación.

El debate sobre los tres cambios que marcamos se concentra en temas que están muy relacionados, pero los pongo así para diferenciarlos analíticamente: naturaleza del cambio, escenarios probables, temas principales de agenda. Sobre el tema naturaleza del cambio el debate sobre el cambio y los escenarios del sistema internacional, podríamos hacer lo siguiente, esquematizando un poco: tenemos por un lado la visión de los realistas, por otro la de los liberales y qué es lo que dice cada una de estas escuelas sobre el cambio. Y por otra parte, la idea que marca Huntington y que todo el mundo conoce sobre el "Choque de las civilizaciones", que es un escenario probable; y, finalmente, la que marca el neomarxismo, no los marxistas que estaban en la U.R.S.S., sino los que trabajan en los medios académicos, básicamente occidentales y, sobre todo, en Gran Bretaña.

Acabo de leer un reciente artículo sobre el estado de la teoría en las relaciones internacionales, que se titula: "Relaciones Internacionales: un mundo, muchas teorías", para mostrar, precisamente, el estado de perplejidad y de incertidumbre que hay en este momento en todas partes. Voy a tratar de plantearlo de manera simple.

El realismo es una teoría que pone el acento en el conflicto de los Estados por el poder. Es una teoría que se ha construido esencialmente para explicar la continuidad, las razones de por qué los Estados, que son las unidades de análisis privilegiadas por los realistas, luchan por el poder. Hay quienes dicen: hacemos esto porque la naturaleza humana es así, los seres humanos luchamos por el poder, o, en realidad, los Estados luchan por el poder, porque como no hay un gobierno mundial -no hay un timbre que apretar, diría Discépolo- los Estados buscan su propia seguridad y de esa manera buscan poder, porque más poder es más seguridad. Para los realistas, por lo tanto (y en el Realismo uno puede irse tan atrás como con Tucídides, Maquiavelo y todo lo que se ha producido en el siglo XX) no puede haber cambios cualitativos. Esto es, con el fin de la Guerra Fría lo que ha pasado meramente es un cambio en la distribución de poder; se murió una gran potencia que llamamos Unión Soviética, así como se murió antes otra gran potencia que era la Alemania de Hitler y, seguramente aparecerán en el futuro otras grandes potencias. Lo pongo así para simplificar. Esto es lo que vamos a ver en el siglo XXI: es un mundo que pasa de una unipolaridad transitoria, que tiene que ver con la defeción de la ex Unión Soviética, a una multipolaridad emergente. Entonces ¿cómo será el mundo, por ejemplo, para el 2.020? Va a ser multipolar, va haber una nueva distribución del poder relativo. Insisto, lo único que cambia es la distribución de poder. Hay otros Estados que van a equilibrar a Estados Unidos,

básicamente Europa a través de la Unión Europea, Japón (hoy un poco debilitado, esto es con menos poder relativo) y China, que aparece como un gran poder estatal emergente. Estos Estados, ¿qué van a hacer? Lo que hicieron los Estados siempre: van a tener grandes conflictos. Por eso es que el Realismo es una teoría de la continuidad. Va a haber una enorme competencia entre los Estados que quizás no derive en una gran guerra, porque la disuasión de estos Estados es nuclear, esto es, la guerra implicaría la muerte de todos. Entonces, cambia la relación costo-beneficio de la guerra, como pasó en la guerra fría: no hubo guerra entre los grandes y, por lo tanto, va a haber una feroz competencia geoeconómica. Existirá un mundo formado por polos competitivos donde va a haber políticas más bien de tipo neomercantilistas; entonces, el regionalismo abierto en un mundo de este tipo no tendría mucho espacio, porque lo que van a existir son polos muy fuertes, con vinculaciones muy estrechas intrapolos, pero con vinculaciones decrecientes interpolos. Nosotros en esta parte del mundo -si éste es el escenario que se produce- vamos a estar muy ligados a un polo, dado que como Mercosur no podemos ser un polo como es Estados Unidos. Hay quienes dicen que podríamos ser un pequeño polo, pero debemos reconocer que estamos bastante lejos de ello. También tenemos otros "realistas", sobre todo en Brasil más que en la Argentina, que ven al Mercosur desde esta lectura del mundo como un "pequeño polo" con posibilidades de ser quizás alguna vez otro "polo", liderado desde luego por Brasil. Esta es la visión típica realista de cualquier brasileño que milita en estas filas. En la Argentina no hay gente que milita en esas filas, que hoy están un poquito alicaídas, porque lo que prevalece en la Argentina, en la etapa del gobierno de Menem, es una visión liberal de las relaciones internacionales. Hay una apuesta a otro escenario.

Ahora voy a trabajar en el escenario dos. ¿Qué es lo que dicen los liberales? Los liberales, que han construido una teoría para explicar el cambio, que es básicamente normativo, dicen que el cambio puede ser cualitativo, no meramente cuantitativo. El liberalismo, al igual que el marxismo, tiene un mensaje de esperanza. Los realistas no tienen ningún mensaje de esperanza. Para un realista todo futuro será en esencia como el pasado y, en esta visión, esto es lo que uno tiene que entender y no perder el tiempo en "cosas raras", pretendiendo cambiar el mundo como quiere alguna gente. Los liberales, por el contrario, dicen que el cambio puede ser cualitativo; es más, sostienen que por lo menos en una parte del mundo se han producido cambios cualitativos, y esa parte del mundo es lo que llamamos Occidente, donde también entra Japón.

¿Qué es lo que produce el cambio cualitativo en esta humanidad tan perversa? Lo que lo produce es la extensión de la democracia, porque lo que los liberales afirman es que las democracias alejan el fantasma de las guerras: para que no haya guerras hay que fortalecer la democracia. Esta es una visión que viene de Kant. La interdependencia, esto es, los lazos económicos, también alejan el fantasma de la guerra y uno tiene interés en el bienestar del otro, a diferencia de lo que pasa en el Realismo, donde conviene que al otro le vaya mal, porque lo que preocupa es la distribución del poder relativo. Para un realista de barrio es bueno que a Chile le vaya mal; para un liberal es bueno que a Chile le vaya bien, porque cuanto mejor le vaya a Chile mejor le va a ir a la Argentina o a Brasil. Hay una diferencia

enorme en la percepción del mundo. Entonces, democracia por un lado e interdependencia por el otro. Desde luego, la base de este análisis son los liberales económicos como Cobden, Smith y tantos otros; y por otra parte, la visión, yo diría, más grociana del liberalismo -esto lo digo para los que vienen del Derecho, que tiene que ver con más Derecho Internacional Público- más regímenes internacionales. Quienes están dentro de este mundo en el que hay democracia, hay mercados y hay derecho, forman parte de lo que los liberales llaman (siguiendo también a Kant) la zona de paz. Como no hay paz en todo el mundo, no podemos hablar, como diría Kant, de paz perpetua, pero sí podemos hablar de paz separada en una parte del mundo. Entonces aquí habría un clivaje básico, una línea de fractura básica en el mundo del siglo XXI, que es zona de paz bastante separada de la zona de guerra. ¿Dónde hay zona de guerra?. Donde no hay democracia, donde no hay interdependencia, donde no hay derecho. Aquí hay un tema que es de una importancia enorme en el debate actual sobre escenarios probables y, en definitiva, sobre el sistema internacional. No solo es un tema interesante; es apasionante.

Los realistas dicen que lo que explica la unión de Occidente es la bipolaridad. Esto es, el mundo era bipolar, estaba por un lado la U.R.S.S. y su bloque, y Estados Unidos y su bloque. ¿Por qué Occidente estuvo unido? Simplemente, porque estaba la U.R.S.S. Entonces, lo que lleva a la vinculación tan estrecha, en definitiva a la interdependencia tan fuerte entre Estados Unidos, Europa y Japón es la existencia de la U.R.S.S. Por lo tanto, para los realistas y para los liberales, Occidente en la bipolaridad se mantenía unido. Los liberales decían que estaba unido por la democracia, por la interdependencia y por el derecho. Hoy, desaparecida la bipolaridad (el factor aglutinante de Occidente, para el Realismo) los realistas afirman que Occidente se va a partir y, por lo tanto, los clivajes básicos del siglo XXI van a ser Estados Unidos, Unión Europea, Japón, China (que no era parte de Occidente) y Rusia, si le va bien; pero éste es un gran misterio. Para los liberales, Occidente se mantiene unido, independientemente de la desaparición de la U.R.S.S., porque aceptan que la U.R.S.S. ayudó a unirnos, pero la unidad de Occidente precede a la existencia de la U.R.S.S., porque esa unidad es en gran medida una respuesta al período de entreguerras. Aquí viene lo que podríamos llamar una continuidad básica en el sistema. Les había anticipado que habría de hablar de continuidades y de rupturas, y ésta ha sido una continuidad básica, porque la unión de Occidente responde a racionalidades y necesidades distintas, en parte para enfrentar a la U.R.S.S., pero en parte para enfrentar a un mundo que no tiene que volver a ser como el mundo del período de entreguerras. Entonces, lo que caracteriza a Occidente que es la democracia, la interdependencia y el derecho van a permanecer. Siguiendo este análisis, desde una perspectiva realista una institución como la OTAN no tiene otro futuro más que la muerte, porque ella, en realidad, se creó para enfrentar a los rusos. Desde la perspectiva liberal la OTAN tiene mucho que hacer, porque ella precisamente tiene que cumplir funciones en la zona de guerra, no en la zona de paz, dado que éste es el clivaje básico, insisto, del siglo XXI. Es por tal razón que la OTAN puede redefinir sus roles. El gobierno de Menem tiene una lectura muy parecida a esto que acabo de hablar, porque haciendo una lectura muy cuidadosa de Kant, suponen que la zona de paz se puede ampliar. El requisito para estar en la zona de paz es democracia, mercados, regímenes. Y en algún sentido uno podría ver al Mercosur como una oportunidad de

vincularse a esta zona de paz, porque el Mercosur responde bastante a estos tres elementos.

Fíjense ustedes qué visión distinta uno puede tener de estos procesos. La visión de Huntington es la del "choque de las civilizaciones". Él dice que en Occidente ha habido guerras entre Estados; esto fue lo que pasó desde Westfalia hasta nuestros días. En el siglo XX Occidente se enfrentó por cuestiones ideológicas, porque el marxismo es tan occidental como el liberalismo, son dos ideologías occidentales y que en definitiva uno podría hablar de un mundo, por lo menos desde Westfalia hasta el fin del imperio soviético, en el que hubo algo así como guerras civiles occidentales. Las grandes guerras en este mundo fueron internas dentro de una misma civilización que llamamos Occidente.

Insisto, primero Estados, después ideología y ahora viene como clivaje básico, no único, el conflicto entre civilizaciones, y por lo tanto el pegamento básico, lo que va a unir a la gente no es la ideología, como era en la Guerra Fría, sino la pertenencia a una misma civilización. Huntington en este punto es muy claro. Digo esto porque a veces pasa que uno lee las cosas y por ahí se traga lo más importante. El lo explica: no afirmo que no va a haber conflictos dentro de civilizaciones semejantes; no digo eso. Lo que sí afirmo es que el conflicto más importante en el siglo XXI va a ser un conflicto entre civilizaciones. Entonces, él establece otra línea de fractura que es Occidente y el resto, que además lo pone en inglés que suena mejor que en castellano: "The west and the rest", Occidente y el resto.

¿Dónde está la amenaza mayor para Occidente? ¿Cuáles son las civilizaciones más peligrosas? Son, por un lado, la civilización china y, por otro, la civilización musulmana; esto es lo que va a caracterizar al siglo XXI, insisto, como línea básica de fractura, aunque no única. Entonces, alianzas determinadas, no por las ideologías o por la comunidad de valores, como dirían marxistas y liberales, sino por la pertenencia a una misma civilización y en un contexto en el que va a haber rivalidades muy parecidas a la de los Realistas, pero ya no entre Estados sino entre civilizaciones; pero, en definitiva, la historia se repite: gran conflicto, equilibrio de poder, poca integración.

¿Qué dicen los neomarxistas? Los neomarxistas, que están produciendo trabajos muy interesantes, trabajan, en realidad, básicamente con dos escenarios: uno, es el de una coalición hegemónica sustentada en varios Estados. Cuando digo Estados ellos están pensando en Estados en un sentido gramsciano, esto es el Estado como un aparato de dominación y de coerción sobre la sociedad civil. La visión más común que uno puede tener del Estado, pero además con parte de la sociedad civil, es decir, el aparato del Estado más sectores de la sociedad civil. Uno podría decir -para que nos entendamos- que cuando piensa en el Estado británico del siglo XIX, el Estado era la Marina pero también era Baring Brothers; esto es lo que quiere significar. Entonces, en este caso, Estado también es Toyota, IBM. Es una coalición hegemónica que opera desde varios Estados y que procura la internacionalización, esto es de una coalición hegemónica a la que le interesa el mundo, no los bloques cerrados. Es una coalición hegemónica que va a defender un mundo abierto y que va a defender ideas ligadas con el neoliberalismo e instituciones que sustenten estas ideas: básicamente, el Fondo Monetario, la OMC y otras. Puede ser hegemónico este orden, dicen ellos, porque su capacidad de

irradiación de ideas es muy alta, está muy ligado a lo que desde otro lugar se llama el pensamiento único, con un problema serio, que es que su capacidad hegemónica está debilitada, porque su capacidad, precisamente de incorporación de sectores que no pertenecen a esta clase es muy baja, porque esto está muy ligado al fenómeno de la exclusión, no hay hegemonía. Como ustedes saben, para que exista una clase hegemónica tiene que haber capacidad de incorporación a otros sectores y hacer que estos sectores vean los intereses en determinada clase como intereses universales. Y así se construye un orden mundial y por eso uno piensa en términos de paz británica o de paz americana. En todo caso, si esto llegase a suceder, esto es una coalición hegemónica, podríamos pensar en términos de una especie de paz *consortium*, dado que esta paz no vendría de un solo país. Esto está muy ligado, como ustedes apreciarán, al fenómeno de la globalización. Tiene que ver, por un lado, con la globalización del capitalismo y, por el otro, con el impacto que esta globalización produce en las formas del Estado. Éste es un escenario.

El otro escenario que manejan los neomarxistas, aunque le dan menos posibilidades, es un escenario de fragmentación, es un escenario no hegemónico, donde los Estados mayores serían gobernados por coaliciones de clase que van a enfatizar la producción nacional, la fuerza del trabajo nacional e ideologías no liberales, las hoy vilipendiadas burguesías nacionales. Entonces, si este escenario se da, evidentemente vamos a estar en una situación, desde el punto de vista económico, muy cercana a la que proponen los Realistas desde otro lugar: esto es un escenario muy fragmentado, porque los valores que se defienden son otros. En un caso la ideología prevaleciente es el neoliberalismo, en otro caso la ideología que va a prevalecer es el proteccionismo, la defensa, digamos, de lo nacional, una especie de Peronismo de los años '40 a escala global, para que nos entendamos. Ese tipo de coalición social que dio lugar al Peronismo en los años '40, no tiene nada que ver con el Menemismo que es una coalición social muy cercana al escenario uno del neomarxismo.

Yo diría que éste es el debate básico. Ahora cada uno de ustedes debe ponerse donde más le guste, porque aquí también hay un fuerte componente normativo. Tengo la impresión -y aquí me juego un poco porque hasta ahora no dije nada sobre lo que opino-, que no es aceptable la visión algo simplista de algunos liberales en el sentido de que Occidente va a permanecer unido. No creo en un escenario como el que proponen los Realistas, esto es, un escenario donde va a haber un clivaje muy fuerte y una rivalidad tremenda entre lo que podríamos llamar el Mundo Norte o el Mundo Occidental, tal como lo definíamos en la Guerra Fría. Así que estoy bastante más cerca de la visión liberal en lo que hace a la unidad de Occidente y a la visión neomarxista. Es decir, estoy usando las dos cosas y le pongo un poquito de Huntington también, porque en su visión Occidente también permanece unido, dado que la línea de fractura es la civilización. Y cuando pienso en Occidente, estoy pensando en profundización de la democracia, en más interdependencia y en más regímenes, y me parece que algo de esto es justamente lo que estamos tratando de hacer como alianza estratégica en el Mercosur, porque los elementos que caracterizan al Mercosur, precisamente son estos. Con esto no quiero decir que las vinculaciones entre los países occidentales o dentro del Mercosur van a estar exentas de conflictos. En

realidad, los conflictos van a ser enormes, pero lo importante es que no son conflictos que se inscriban en el marco de una visión realista. Éste es el punto principal, porque el conflicto en un proceso de integración, en una alianza de estas características es endémico; entonces, nadie tiene que sorprenderse cuando abre el diario y ve que hay fuertes conflictos en el marco del Mercosur. Es más, los conflictos van a tender a aumentar porque, insisto, son endémicos, pero lo que pasa es que a nadie se le va a ocurrir recurrir a la guerra para solucionarlo. Tampoco nadie debería (porque sino no hay integración que valga) usar todo el tiempo las asimetrías de una diplomacia coercitiva para doblegar al más débil. Porque si, por ejemplo, en el caso del Mercosur Brasil hiciera eso todo el tiempo, el Mercosur no aguanta. De algún modo, el más fuerte tiene que renunciar al ejercicio permanente de una diplomacia coercitiva; caso contrario, no hay credibilidad, ni hay ninguna posibilidad de generar un proceso de integración.

Entonces, rescato mucho este punto: pasa muchas veces que la gente supone que en un proceso de integración desaparece el conflicto. Es exactamente al revés: en un proceso de integración aumenta el conflicto. Lo que pasa es que el conflicto se inscribe bajo otro paraguas, que está muy ligado a esta visión liberal de las relaciones internacionales y muy ligado a lo que se llama la construcción de comunidades pluralistas de seguridad.

Hasta aquí llegaría con mi exposición, si están de acuerdo.(Aplausos).